

Para ese mosaico podrá apelarse igualmente a las poesías que se le han dedicado; también, a los artículos, notas y estudios que se escribieron y redactan en relación a su poética. Tampoco podrá soslayarse el ejemplar de *Litoral* (1) que se le destinó como homenaje. Imprescindible ha de ser, asimismo, la consulta de las dos tesis de licenciatura (2) que analizan la gravitación de lo por él escrito. Mural al que podrán adosarse los retratos que más de un plástico llegó a fijar sobre otros papeles. Dibujos y fotografías.

Ante la amplitud de ese fresco inacabado, en lo que a mí mismo se refiere y como nudo crucial del que van expandiéndose ondas sucesivas, el centro está marcado por parámetros que se entrecruzaron el día que le conocí personalmente. Jesús Fernández Palacios, desde Cádiz, me había escrito hacia fines del año pasado, sugiriéndome que le dirigiese unas líneas. Fue él, durante una visita relámpago a París, quien me instó a que le acompañara con su esposa en la visita que ambos le habían anunciado. Acordado el viaje, nos encontramos juntos en el tren que el sábado 17 de enero de 1973 nos llevaba a la ciudad en que vive. Amiens, capital de la Picardie, en el departamento del Somme, hacia el noreste de Francia.

Si la mañana parisiense había estado plomiza y fría, el paisaje ondulante e invernal de la campiña nos preanunciaba la soleada y gélida que encontramos al llegar al andén donde hubimos de apearnos. Sitio donde otra circunstancia casual prosiguió desovillando el hilo que me guiaría fluidamente hacia el encuentro. Oyéndonos hablar castellano, un uruguayo anónimo se ofreció a orientarnos. Así es cómo nos condujo a lo largo de calles por las que se eleva la catedral gótica por encima de tejados y techumbres. Recorrida fugaz que sin haber entrado en nuestras previsiones, nos ubicó en un automóvil que por ese laberinto de calzadas enfiló a la de Saint-Fuscien, luego de bordear la plaza del Mariscal Joffre y de la que nace, precisamente, para ir internándose en los suburbios bruscamente rurales de Amiens. Como otro buen augurio, un cachorro juguetón y travieso saltaba del asiento delantero al trasero del coche, donde nos habíamos arrellanado, olfateándonos y lengüeteándonos, inquieto y amistoso.

Avanzábamos a cierta velocidad cuando alguien, reconociendo a Carlos Edmundo de Ory en la pareja que caminaba en sentido con-

---

(1) «Homenaje a Ory». *Litoral* núms. 19-20. Torremolinos, Málaga (España), abril-mayo de 1971.

(2) a) Hernández Fernández, María Teresa: *Carlos Edmundo de Ory y el postismo*. Tesis de licenciatura bajo la dirección del catedrático de Literatura española profesor doctor Baquero Goyanes. Murcia, 1971.

b) Pont Ibáñez, Jaime: *La poesía de Carlos Edmundo de Ory*. Tesis de licenciatura bajo la dirección del doctor José M. Blecua. Barcelona, 1972.

trario al nuestro, hizo que se aplicaran los frenos al tiempo que el automóvil se detenía junto al cordón de la vereda.

Envuelto en la capa negra con la que le había visto arrebujaado, la brisa, así como le enmarañaba los largos cabellos negros pero ya entrecanos, le abría la tela, dejando ver un blusón de lino crudo con vivos dorados. Junto a él, afable y sonriente, la presencia de Laure, joven amiga suya no menos cordial e interesante. Al ser sobrepasados los minutos iniciales, luego de despedirnos de quienes nos habían llevado hasta ese punto del encuentro, retomando nuestro camino, él y ella desandaron el suyo para guiarnos. Mientras Jesús Fernández Palacios y su esposa marcharon junto al poeta, yo caminé al lado de Laure, encabezando la marcha. Luego de andar unas decenas de metros me volví al sentir sobre uno de mis hombros la calidez de la mano de quien, aproximándoseme, entabló un primer diálogo indagatorio y fraterno. Su voz, apenas masculada entre sus labios prietos y bordeados por una barba tan espesa cuanto oscura, me acercaba lo que para mí entraña la apertura viva que él conserva ante lo humano.

Actitud primera, por consiguiente, que fue dándome la pauta de lo que corroboraría durante el desarrollo de ese día. Frente a nosotros ya iban abriéndose en abanico los predios que, lo supe entonces, hasta no hace mucho ostentaban bosquecillos, senderos y prados, y que ahora muestran empalizadas que imponen otro paisaje al avanzar lo urbano.

Poco más allá de la intersección de los bulevares de Saint Quentin y de Bapaume, sin embargo, en una de las casas típicas que con alternancias de jardines y huertos se levantan a la vera de la calle Saint-Fuscien, la que en su manzarda se han refugiado los sueños de este otro poeta de la vida. La cabaña, como él mismo la llama entre melancólico y bucólico, entre solitario e intensamente comunicativo y vivo.

Salvado el seto y un espacio verde, luego de franquear la puerta de entrada común a esa morada, la escalera de acceso se enrosca a medida que se transponen escalones, dos puertas y el entrepiso que las separa. Bajo los pies, el crujido de una madera reseca, añosa y tibia. Después, repentinamente, la blancura de las paredes se ve interrumpida por sobres estampillados, por reproducciones de pinturas japonesas de un erotismo sutilísimo y delicado, por recortes de revistas que se abren a paisajes tropicales: amaneceres junto a playas quebradas por palmares. Y es entonces cuando ya se advierte que se está en el interior de la cabaña. Recinto que en verdad excede a cualquier denominación que no sea alusiva. El techo a dos

aguas, surcado de tirantes, vigas, soportes y travesaños, aunque obviamente descansa sobre paredes que confinan un espacio cerrado, configura, independientemente de su simetría palpable, rectangular y angulosa, una bóveda que se curva sobre una matriz bullente de misterio y sabiduría.

Algunos objetos irrecuperables en mi memoria también penden de esos muros. Y aunque se trate de un ámbito descriptible, ya porque se intente hacer un relevamiento de los libros que llenan anaqueles y estanterías, ya porque se pretenda enumerar los dibujos y los objetos que saturan espacios y rincones, ora porque se cataloguen las camas, las sillas o la mesa, la estufa o todos los otros accesorios que también le prestan una atmósfera, es en su luminosidad donde vibran las sensaciones más secretas, donde anida lo imponderable ante lo que sólo cabe la reserva y el recogimiento.

Y ahora sé que escribió en su Diario que «Las palabras marchan hacia el silencio». En el mutismo más profundo es donde hierve lo sacro y lo alquímico. Lo que yo mismo estoy escribiendo ahora está impregnado por ese gesto invisible que al humedecer los labios también los sella. Lo que la noche lacra en su seno debe permanecer inviolado. Cualquier encantamiento se desvanece cuando se desmenuza racionalmente el hechizo que subyace en todo lo elemental y primario. Sin embargo, la comprensión misma de los hechos sobreimprime otra magia.

Lo fascinante del cosmos poético que rodea Carlos Edmundo de Ory estriba, justamente, en que el todo está referido a las antípodas más genuinas del hombre.

Contradicciones, paradojas y autoenfrentamientos aparentes que ubican al ser humano, como unidad total, dentro de la armonía que se gesta de continuo.

No es otra la verdad que se infiere cuando, en francés, se interpreta un axioma escrito en un papel cualquiera, claveteado a uno de los travesaños. «Cuando el hombre no tiene nada, está junto a todo». El binomio «Soledad=Libertad» es, quizá, el que mejor marca la polaridad que implica. El mismo no ignora lo relativo de la demanda que proclama: «Sed simples como los niños», ya que es en la infancia donde se entretajan los vericuetos y los laberintos más intrincados de cualquier vida humana. Por ello, traduciendo siempre, es otro abismo de cavilaciones el que propone al afirmar que «Soy un ángel». De lo angelical dimana el cúmulo de las dualidades que en lo humano vuelven a recrear lo unitario. Síntesis que por sus antinomias más explícitas y tácitas se restablece cuando junto a la puerta que conduce a su dormitorio se lee, sugestivamente y siempre en lengua

gala, «Permanecer vulnerables. Es necesario ser siempre vulnerables. Cuanto más eres quebrado, más te abres».

Y es en el ángulo del dormitorio donde se destaca la estatua de un Buda dorado, rollizo y sonriente, florecido dulcemente sobre un loto invisible en tanto está reconcentrado en sí mismo. Habitación en la que amén del eco de las «Cuatro Estaciones» de Vivaldi también flotaba el aroma sagrado y litúrgico del sándalo. Y fue allí, entre infantil y adolescente, cuando Carlos Edmundo de Ory se apresuró a pronunciarse budista. Denominación que él mismo sabe cuanto rebasa, puesto que de algún modo es en él en quien también convergen, radiantes y visionarias, esas fuerzas que al comprimirse amplían y agigantan la figura humana.

Cabaña atemporal por ser milenario y ancestral lo que concentra, retiene tallos y semillas, mazorcas y piedras, conchillas de moluscos y valvas, caracoles y ceniceros, cuadernos y carpetas, lápices y lapiceras, fotografías y la cornamenta de un cérvido junto a la cabeza embalsamada de un pescado. No aludiré, tampoco, a las dos o tres muñecas diminutas, sin brazos ni piernas, que recuerdan focómelos que también poseen un ombligo.

Antes y después del almuerzo, envueltos por la claridad que desciende de la única buharda, Carlos Edmundo de Ory, calándose gafas, entre algún comentario sagaz o humorístico, amistoso o incisivo, proponiendo acertijos o adivinanzas, formulando observaciones oportunas acerca del primer ejemplar de *Marejada* que le obsequiara Jesús Fernández Palacios, enseñando collages en los que compuso un submundo onírico y sensual formidable, o, en su momento, impulsando a que Laure misma mostrara sus dibujos de una fantasía sexual de enorme potencialidad y riqueza sugestiva, nos hizo conocer, a lo largo de horas y horas, poesías suyas que fue leyendo con voz entre aguda y cortante, rítmica y por momentos apenas audible. Cada tanto, algún ademán perentorio o alado, para acentuar una metáfora o para indicar la hondura de una pausa. Así conocí fragmentos de su Diario, uno que otro pasaje muy sucinto de las tesis, selecciones de varios libros poéticos suyos que se acumulan inéditos todavía. Como se desplegaban las horas, de igual manera fue discurriendo la vastedad de sus textos. Mientras, sobre nosotros, algo encima suyo aunque a su espalda, la luminosidad de ese día, y la rama desnuda de un árbol de invierno que se balanceaba dentro del marco vítreo de la buharda.

Se colaban ya los primeros tintes del crepúsculo cuando, dando por terminada esa lectura de su sensibilidad noctámbula y desgarrada, volviéndose hacia mí, una vez más me inquirió por lo que yo

mismo había llevado en un bolso. De ese modo se inició ese otro gesto que para mí contornea la dimensión de su calidad humana. Al comenzar a leer los poemas de Alberto E. Mazzocchi (3), poeta que se suicidó hace poco más de trece años, cuando apenas contaba con veintidós de vida y cuya obra difundo sorteando toda suerte de dificultades y trabas, reconociendo, en él, a otro poeta, no escatimé sus apreciaciones certeras como así tampoco contuvo el entusiasmo de quien encuentra, ante sí, otro universo vital y dinámico. Pero, no contento con ello, mirándome a los ojos, recordando lo que le había comentado, me anticipó que no sólo escribiría un estudio sobre su obra sino que, además, bregaría porque se editara lo suyo que conservo impublished. Y, a su pedido, volví a desarrollar las líneas más generales de su destino fugaz y deslumbrante. Ante mí, un poco detrás suyo, todavía alcanzaba a ver el vaivén de la rama.

Oscurecía cuando Carlos Edmundo de Ory, que no pertenece a la raza de los que he dado en llamar necrófilos literarios, o sea, los que sólo se interesan y preocupan por la obra de los muertos, me pidió que yo mismo leyera algo de lo mío. Entregándole lo édito (4), me limité a leer una que otra página de *El carro con heno* o *el Monte Omega*, texto que, como otros, ha sido rechazado sistemáticamente por editoriales argentinas, uruguayas y venezolanas. La oscuridad de ese anochecer de invierno ya se había adherido al rectángulo de la buharda que se recortaba, en ese momento, por encima suyo y algo hacia su espalda. La claridad de la luz eléctrica agudizaba los perfiles y hacía más nítidos los contornos de las manos. Pese a la bruma de los cigarrillos, vi el brillo penetrante de sus ojos cuando me aseguró que también haría lo posible porque ese libro mío se publicase (5).

Al confundirnos en un abrazo en medio de una calle de Amiens, despidiéndonos, en mi bolso llevaba alguno de sus propios poemas impresos. El regreso, aunque solo, me sumió en el rumor con que me acompaña la vida. El murmullo del tren y las luces sobre una campiña que se confundía ya con la oscuridad de la noche. Las miradas con las que me entrecrucé a lo largo del viaje de retorno.

---

(3) a) Mazzocchi, Alberto M.: *Poemas*, Ed. Los Huevos del Plata, Colección «La Cáscara del Huevo», Montevideo (Uruguay), 1969.

b) Mazzocchi, Alberto M.: *Raros y otros poemas*, Ed. Los Huevos del Plata, Colección «La Cáscara del Huevo», Montevideo (Uruguay), 1970.

(4) a) Undiano, Federico: *Tres obras*, Ed. The Angel Press, Buenos Aires (Argentina), 1967.

b) Undiano, Federico: *El candelabro de plata*, Ed. Los Huevos del Plata, Colección «La Cáscara del Huevo», Montevideo (Uruguay), 1969.

c) Undiano, Federico: *Esa larga y antigua fuga*, Ed. Los Huevos del Plata, Colección «Los Huevos del Plata», Montevideo (Uruguay), 1970.

(5) El texto citado ya se encuentra en España.

Y en mí, aún ahora, la repercusión de ambas reacciones valorativas y propulsoras de Carlos Edmundo de Ory. Al revertírselas hacia él mismo, centran lo que como ser humano alberga más allá de toda contingencia literaria. Tanto, que por detrás de su propia obra poética se transparenta lo esencial que como hombre lo coloca en el centro de aquella matriz de la que mana lo generoso y noble. Y así como su palabra destella una claridad hacia la que están volviéndose los jóvenes de España, él mismo irradia una luminosidad que despeja y aligera destinos. Uno y otra, su obra, y él mismo, describiendo ese círculo en cuyo interior crece y se enriquece el espíritu del hombre.—*FEDERICO UNDIANO (Poste Restante. Paris 36. 75004. PARIS. Francia).*